

perfección, sobre todo, si tratamos de aumentarlo con la práctica constante de obras, cada una de las cuales en particular impone tantos sacrificios á nuestro amor propio. No es pequeño testimonio de amor poner todo lo que hay en nosotros para servir en todo, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, á la persona ó á la causa á que hemos entregado nuestro corazón; es prueba de que nos hemos reducido al amor con todas sus delicadezas, si no consideramos como pequeño nada de lo que puede robustecer nuestro afecto hacia lo que amamos y de avivar la llama de la generosidad que nos lleva hacia ello. «Nada desprecia el que teme á Dios». ⁽¹⁾ No hay sacrificios que no haga el amor, «porque el amor es fuerte como la muerte, su celo duro como el infierno, y muchas aguas no podrán apagar la caridad». ⁽²⁾

8. **La muchedumbre de cosas pequeñas sobrepuja la grandeza de las acciones brillantes.**—Podemos ver así de cuántos méritos nos privamos, cuando, bajo el peso de pretenciosa ilusión, despreciamos las cosas pequeñas. Pasamos perezosamente la mitad de nuestra vida sentados con los brazos cruzados, y nos convertimos en aquellos niños que dicen: «Cuando sea grande, seré rico y poderoso, y mi madrecita pasará conmigo muy buenos días». Pero que llamé en seguida la madre al pequeño soñador y le haga abandonar sus planes para darle un encargo, cuando menos lo pensaba; tendrá que servirse de toda su autoridad y multiplicar las amenazas, para que le obedezca aquella cara compungida, aun que se trate de una insignificante bagatela. De este modo perdemos miserablemente el tiempo. Hacemos mucho por Dios; pero sólo en nuestra imaginación. Las acciones verdaderamente grandes, no se presentan nunca ó muy raras veces, y, entre tanto, no queremos descender á cosas pequeñas, con las cuales de mil maneras, y mil veces al día, podríamos dar testimonio de nuestra adhesión á nuestro Señor. Los hombres son siem-

(1) Eclesiastés, VII, 19.

(2) Cantar de los Cantares, VIII, 6, 7.

pre los mismos; véase una prueba en las palabras de un ilustre poeta de la Edad Media:

«He visto con frecuencia
 »(Hablando francamente)
 »Al hombre que con gusto
 »Á Dios su sangre ofrece,
 »Mientras que sus mandatos
 »Ejecutar no quiere.
 »La voluntad divina
 »Ha sido fácil siempre.
 »¡Desgraciado! ¡se engaña
 »El hombre tantas veces!» ⁽¹⁾

¿Dónde está aquí la gravedad de la caridad? ¿Dónde la verdad de nuestras protestas? Si amamos verdaderamente á Dios, ¿no deben ser objeto de cuidados particulares por nuestra parte esas cosas pequeñas? Es cierto que, con mayor satisfacción que el cumplimiento de los deberes impuestos bajo la pena de expulsión, ve el amo toda la grandeza de la fidelidad que despliega un criado en el cumplimiento de las cosas pequeñas que podría omitir con facilidad sin riesgo de ser despedido.

El pensamiento de nuestra propia utilidad debe movernos siempre á la escrupulosa puntualidad en las cosas pequeñas. En la vida ordinaria, el que quiere reunir una bonita fortuna piensa únicamente de este modo: «Puesto que se pintan calvas las ocasiones de hacerse rico en un momento, quiero, á lo menos, no dejar pasar ninguna de las que me aseguran una pequeña economía. Gracias á Dios, son tan considerables, que, si no dejo escapar ninguna, será fácil suplir lo que les falta en magnitud con lo que tienen de numerosas». En efecto, aquí, como en todas partes, es siempre verdad que los hijos del mundo son á su modo más prudentes que los hijos de la luz. No debían dejar escapar, ni por imprudencia ni por descuido, tantas y tan magníficas ocasiones de aumentar sus méritos.

9. **¿Se encuentra la verdadera grandeza en las acciones extraordinarias?**—Todos quisieran llegar á formar un todo perfecto, pero todos lo quieren á su modo. ¿En

(1) Thomasin von Zerclaere, *Der Wælsche Gast*, 11689 y sig.

qué ponen su grandeza la mayor parte de los hombres? Éste quiere llegar á ese gran fin, adquiriendo la gloria de sabio ilustre, aquél de un médico muy solicitado; tal piensa llegar con la fama de la belleza, cual, con la práctica de la virtud y de oraciones extrañas; pero todos están acordes en un punto; todos quieren ser más que los demás por lo extraordinario, por todo lo que deslumbra. ¿Y qué saca el hombre de que sus contemporáneos hablen de su gloria militar ó del lucimiento de su pluma, si ese hombre no sabe dominarse, ya se trate de esperar algunos minutos para desayunarse ó para leer el diario, ya porque el criado no ha quitado una pequeña mancha al cepillar el uniforme; ora porque no encuentre al momento lo que busca, ora porque no esté preparada á su gusto la comida? Podrá ser gran general, poeta adulado por todo el mundo, escritor de mérito; pero jamás será hombre completo. Es una belleza incomparable que admira el mundo entero; pero ha bastado para desfigurar sus rasgos admirables con la expresión de la impaciencia más amarga, una arruga en el vestido, un poco de falta de habilidad de la doncella, una aguja que no se le ha llevado al momento.

¡Cuántas veces, tras esas cualidades exteriores, se oculta un carácter que, semejante á un esclavo sin voluntad, se entrega á las pasiones más bajas! ¡Cuántas veces las disposiciones más brillantes y los más grandes éxitos son el verdadero medio de hacer grandes las más pequeñas debilidades! En todo caso, son cosas tan considerables, que no se detienen ni ante la grandeza del hombre.

10. Lo pequeño y ordinario es base de lo extraordinario.—No tenemos dificultad en confesar que, á veces, las acciones grandiosas contribuyen á elevar extraordinariamente al hombre. Consagrar su vida entera á la práctica de la caridad y del deber; hacer voto de castidad; sellar con su sangre la confesión de su fe, son cosas tan magníficas, que se elevan sobre toda medida de la perfección ordinaria. Pero ¿quién puede esperar ejecutar tales acciones? Es muy pequeño el número de esos seres privilegiados á

quienes es dado edificar al mundo con obras extraordinarias y revelar á la humanidad una abnegación más que vulgar. Tales hechos se presentan raras veces. Pero lo que siempre y en todas partes se nos concede á todos, y que no se hace esperar mucho, son esas acciones á que prestamos tan poca atención, porque ocurren todos los días; esas acciones que nos parecen tan áridas, y por las cuales sentimos tan pocos atractivos; esas acciones á las que ha robado todos los encantos de la novedad la costumbre de muchos tiempos, y que, sin embargo, constituyen nuestro valor personal, porque son prácticas propias de nuestro estado.

Nadie llegará á ser hombre completo, sino comienza por cumplir perfectamente con lo que de él se exige en esta esfera, según las diferentes circunstancias en que se halla. Sean grandes ó pequeñas las cosas que reclaman de él la vocación y la obediencia, debe ejecutarlas hasta en sus más insignificantes pormenores. Además, los llamamientos á cosas extraordinarias se hacen con bastante claridad y con suficiente energía; arrastran á los hombres antes que hayan tenido tiempo de hacerse dueños de ellos. Para la mayor parte de éstos, estriba la dificultad en hallar la parte precisa del deber que les incumbe. Y, sin embargo, se dirá que es fácil la solución de la dificultad. En el fondo, se trata únicamente de que se desembaracen todos de todo pensamiento extraño, y de que vivan según su vocación. Es el medio más seguro de poder formarnos en poco tiempo una conciencia que en un momento dado nos diga mejor que el maestro más ilustre lo que de nosotros se exige. Por eso, jamás está perplejo en cuanto á las obligaciones de tal ó cual estado, el que por hábito se ha llegado á formar cierta delicadeza de sentimiento que le permite distinguir exactamente las exigencias de su vocación.

Pero vamos aún más lejos. No hay quien no haya hecho algún bien y no haya ejecutado alguna acción que supera los límites de lo ordinario. Pero ¿se le ocurrirá á alguien que se ha de medir el valor de aquel hombre sólo

por estas acciones excepcionales? En todas las vidas de los hombres, aun en las de los criminales más terribles, encontramos de vez en cuando hermosos y nobles rasgos. Tenemos la prueba en Tiberio, Caligula, Nerón y Domiciano; pero no bastan esos rasgos para que por ellos juzguemos á aquellos personajes. Cada uno pone en el platillo de la balanza, no las acciones aisladas, sino la vida entera, el hombre todo; y no constituyen la vida las cosas extraordinarias, sino las cosas del día que vienen á ser periódicamente las mismas. Las acciones aisladas que traspasan los límites de lo ordinario no son suficientes para hacer el elogio de nadie, si con ellas no ha estado en armonía toda la vida constituida con la suma de empresas y de sacrificios que lleva consigo. Y precisamente, cuanto mayores aptitudes manifiesta uno para las acciones extraordinarias, tanto mayor derecho se tiene para esperar de él que se muestre digno de tales dones en la vida ordinaria.

Ofenden los pequeños defectos de una obra de arte sabiamente ejecutada. Algunas pequeñas faltas de armonía en una pieza de música de grande éxito bastan para destruir su buena impresión, á pesar de todas las buenas cualidades que por otra parte pudiera tener. Cuando nos encontramos con una vida que se pasa uniformemente, acomodándose á todas las situaciones en que puede desarrollarse, lo mismo en la felicidad que en las más grandes pruebas, una vida que en las cosas grandes como en las pequeñas es imagen de gravedad, de fidelidad reflexiva y de exactitud; cuando vemos á un hombre que todo lo emprende con buena intención, con verdadero sentimiento del deber y con toda abnegación, experimentamos la impresión de un todo proporcionado, homogéneo, aunque no pase los límites de lo ordinario. Después, si además se vislumbra el esplendor de una acción grande, sube y sube hasta la admiración nuestra satisfacción. Sentimos que hay ante nosotros algo notable. Y cuando tenemos á la vista una vida en que se dibuja una perfección más que ordinaria, sepamos, que la base no ha sido formada por ac-

ciones brillantes, sino por pequeños pormenores que nos han pasado inadvertidos, por la perfección de acciones ordinarias y por el regular cumplimiento del deber.

11. Los pequeños defectos son inevitables. Lo que tiene de humano y consolador la moral cristiana.—Somos hombres, sí, y hombres seremos toda nuestra vida. ¿Quién de nosotros puede decir: «Mi corazón es puro, y estoy exento de pecado?» (1) Raro será que llegue un hombre á esa perfección de un modo regular y ordinario, sin caer en algunas debilidades y sin ser víctima de algunas imprevisiones. Más de un punto oscuro y más de una hora de debilidad déjanse ver siempre en su vida, por otra parte, tan luminosa, de los hombres que consideramos más grandes y más perfectos. Suspira Pablo, el gran Apóstol, y confiesa que es causa para él de amargos combates el aguijón de la carne, y no nos ocultan sus tentaciones y sus faltas los Padres del desierto. Uno tuvo que luchar toda su vida contra la impaciencia, otro contra la lengua; después de muchos años de ayunos, todavía se enseño de éste el placer por la comida y la bebida; el deseo de hablar de las faltas de otro se apodera de aquél después de prolongado ejercicio de silencio, y le hace caer en el precipicio en el momento en que dormitó un poco su vigilancia. Debe esto hacernos justos y equitativos en los juicios que formamos respecto de los otros y en las exigencias para con nosotros mismos. En este sentido dijo el Sabio: «No quieras ser demasiado justo, ni saber más que es menester». (2) La diferencia entre la justicia estoica y la cristiana está en que, exigiendo lo imposible la primera, no quiere en la verdadera perfección ni sombras, por ligeras que sean, mientras que está muy lejos la segunda de hacernos perder la esperanza de llegar al fin porque tengamos algunos defectillos, ó porque hayamos caído alguna que otra vez.

Caer por precipitación, por flaqueza, por imprevisión,

(1) Prov., XX, 9.

(2) Eclesiastés, VII, 17.

no constituye una falta capaz de desviarnos de nuestro destino. No está todo perdido si se ha llegado á caer por negligencia. Caer y levantarse inmediatamente después de la caída; arrepentirse de la falta sin dejarse dominar del desaliento; saber hallar en ella el espolazo que nos estimula á nuevo celo; todo esto es verdaderamente humano, y en dos sentidos. Hemos nacido débiles, y débiles vivimos. Pero así como no debe negarse la fragilidad de la naturaleza humana, tampoco se le debe rehusar la capacidad de mejorarse. Por eso no condenamos á nadie por una falta, mientras no pierda ni el valor ni la esperanza de la enmienda. Y si, á sabiendas y de intento, deja uno á un lado lo pequeño con la perspectiva de llegar á algo mejor, no le escatimaremos los elogios.

Queremos que cada uno cumpla con el deber como lo comprenda, sin inquietud, sin violencia, sin precipitación, con la más perfecta tranquilidad. Si cae, no pierda la confianza y siga cumpliendo con sus deberes. Se corrige fácilmente todo con la fidelidad en las cosas pequeñas. Deseamos que nadie obre jamás contra sus deberes claramente conocidos, ni vaya contra la voz de su convicción, aun cuando la conciencia le exhorte á hacer cosas pequeñas. Afirmamos con conocimiento de causa que es verdaderamente humano este modo de cumplir con nuestro deber, modo que tiene á la vez en cuenta la razón y la libertad de espíritu. Siempre que se cuenta con la verdadera razón y con la verdadera libertad de espíritu, estamos seguros de obrar de conformidad con el Cristianismo en su manera de concebir las cosas y en sus miras con relación á nuestro trabajo moral. Lo hemos probado de manera decisiva en estas reflexiones.

12. El Reino del cielo es semejante á un grano de mostaza.—Todavía es la tierra jardín de delicias donde encuentra Dios sus complacencias, á pesar de la locura de los hombres empeñados en desfigurarla. Millares de plantas la adornan, levantando nuestro corazón hasta el Padre de la luz, hacia el cual elévanse ellas mismas con anhe-

lo irresistible. Pero ninguna de ellas, desde la más pequeña hasta la más grande, se ha levantado de una vez al estado en que hoy se encuentra. Aunque no hayan cesado de crecer para llegar á la plenitud de su desarrollo, nadie ha podido ver su crecimiento íntimo. Es una imagen del hombre. ¿Llegará él á algo grande? ¿Cuándo y cómo se verificará su desarrollo? ¿Permanecerá siempre en su humilde pequeñez? No lo sabe; pero no está ahí la cuestión. Lo importante es que, á su modo, llegue á ser un todo; y el mejor medio para llegar á serlo, es el desarrollo lento, continuo, en todo lo que interesa á su vocación y á su conciencia; ya es la energía en los grandes hechos, cuando se presenta la ocasión, ya la fidelidad en las cosas pequeñas, fidelidad para la cual encuentra proporción en todo lugar y en todo momento. «El reino de los cielos es como un grano de mostaza que, cuando se siembra, es menor de todas las simientes que hay en la tierra; mas, ya sembrado, sube y crece más que todas las legumbres, y cría grandes ramas, de modo que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra». ⁽¹⁾

(1) S. Marcos, IV, 31, 32.